



*Cuentamontes*



**Colección Cuentos para la mochila**



*Meditando en el Pirineo, mi buen amigo José Iborra, artista de la portada, que supo pintar en mi mente, a Sheolkaga-ri, la Montaña de claro cristal.*

*Dibujos de Helios Villaplana Planelles*

*Textos de Juan Manuel Maestre Carbonell*

Primera edición: abril 2011  
© 2008 Juan Manuel Maestre Carbonell  
© Portada: José Iborra García  
© Dibujos: Helios Villaplana Planelles  
Asesora francés: Concha Romero Ibarra  
ISBN:  
Depósito Legal A-

*A Loren, mi pequeño "Purruchuti", que mueve mis anhelos y alegrías. A sus despiertos ojos que buscan con su corta edad los míos, sabedor de que son mi mayor ilusión y necesario alimento. Con la esperanza de que un día abrace, y le guíe en su vida, el espíritu humanista de la montaña. Y para mi joven amigo Helios, que ayer cumplió sus primeras 94 primaveras, regalándome el arte de sus más montaÑeras ilustraciones, aquí expuestas, y sobre todo, por el tesoro de su amistad. Y a mi Maru, siempre.*

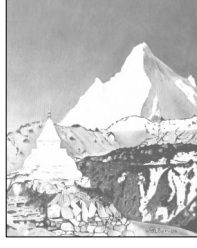
*Juan Manuel Maestre*

*El mundo montaÑero fue simplemente el mundo para muchas generaciones precedentes y para mí lo ha sido también en esta era moderna, que se come el verde y lo salvaje, como refugio último de la verdad y realidad de nuestra existencia. A quienes mantienen vivo su cultura, a quienes la difunden, a quienes viven bajo sus reglas dedico este libro, en especial a Juan Manuel Maestre Carbonell y al Centro Excursionista de Petrer que traen a la sociedad de hoy el saber vital del ayer.*

*Helios Villaplana Planelles*

*Cuando creemos estar solos,  
algo tan inerte como una roca,  
puede transmitirnos la fuerza necesaria  
para seguir en el camino.*

*El autor*



**Bandera sobre la cumbre**  
***Shelkaga-ri***  
*La montaña de claro cristal*

Juan Manuel Maestre Carbonell - Helios Villaplana Planelles





### *Prólogo*

**H**ay prólogos en los que sus autores, más que hablar del escritor o de la obra a prologar, se afanan en dejar muy claro a los futuros lectores lo mucho y bien que conocen a las partes antes citadas, restándole así importancia al motivo del prólogo. Dichos prologuistas, conscientes de ello, o no, transmiten la sensación de estar aprovechando el encargo del prefacio para promocionarse a sí mismos.

No quisiera yo transmitir esa sensación, sobre todo porque no tengo méritos que promocionar, pero sí que es para mí un verdadero lujo tener que hablar de la obra y del autor. Juan Manuel Maestre Carbonell persona osada donde las haya, ya que, teniendo verdaderos amigos más prestigiosos que yo y de indudable mejor pluma, se ha atrevido a pedirme que prologue esta novela que ahora tiene el lector en sus manos. Pero vamos por partes.



Para que haya una obra primero ha de haber un autor:

Juan Manuel Maestre, amante de su familia y orgulloso abuelo de su primer nieto y de todos los que vendrán, montañero, vinalopense, eldense, hombre polifacético, trabajador incansable, perfeccionista, ingenioso, amigo de sus amigos y de quienes no lo son tanto. Haría falta toda una larga lista de adjetivos para poder definirlo, los que le conocen de sobra lo saben y los que no tienen la suerte de contarle entre sus amigos, leyendo su obra pueden ver que es cierto todo lo que de él digo aquí.

Jubilado laboralmente, se encuentra ahora más ocupado que nunca ya que se ha convertido en asiduo colaborador en medios de comunicación del Valle.

Ha dirigido y presentado programas de radio y televisión; ha publicado artículos y relatos en prensa escrita como *Valle de Elda*, *Vivir en Elda*, *Alborada*, *Festa*, *El Carrer*, *Eco eco*, *Sport & Nutrition* y en la desaparecida revista *Petrer Mensual*; sus trabajos además se pueden encontrar en varias páginas de internet como *petreraldia.com*, *dahellos.com*, *amarguillo.com* entre otras.

A su primera obra publicada en 2006, *“Mi primera expedición”*, le siguió *“Daniel Esteve. El hombre y la montaña”*, escrita conjuntamente con su querido y admirado Don Daniel Esteve Poveda. Insustituible ha resultado para la publicación de varios libros como por ejemplo *“Dos Poetas de Petrer”*, *“Versos para una mochila”*, y *“Reflexiones sobre el Parque de Montaña Daniel Esteve”*, también ha participado en *“Las historias visuales de Elda”* con sus trabajos *“Espíritu Alpino”* y *La*

*Historia de la escalada en Elda*", así como en los tres libros publicados hasta la fecha: "Cuentamontes 2008" "Cuentamontes 2009" y "Cuentamontes 2010", que son el resultado del Certamen Literario de Cuentos y Relatos de Montaña impulsado por el mismo Maestro.

Por su obra escrita ha obtenido reconocimientos en certámenes literarios, tales como finalista con el relato titulado: "Agra, el viaje intenso", en la sexta edición de los premios literarios de Constantí (Cataluña), en su edición 2007, certamen en el que, aparte del reconocimiento del valor de lo escrito, el trabajo se puede leer en la edición de un libro de relatos bajo el título "Historias Verdaderas". O el Segundo Premio obtenido consecutivamente en dos ediciones de los premios Pyrenica con las obras "El cantal de la Berenjena" (2007), y "El último ochomil", en el 2009, ambos en castellano, compitiendo con relatos escritos en lengua vascuence.

Como perfecto conocedor del mundo de la imagen, en su haber cuenta con la realización video gráfica de numerosos proyectos en los que tuvo que hacer de cameraman, guionista, montador, director o lo que hiciera falta. Como resultado de su esfuerzo ha obtenido varios premios: "Mejor realizador de cine de aventura" en el festival internacional SPELEOCINEMA-90 por "Lepineux, el primer Eslabón", junto a Lorenzo Herrero, y el premio Federación Española de Montañismo, "Mejor realizador español de cine de montaña" en el Festival Internacional Vila de Torelló en 1991, con el reportaje "Ruwendori, más allá de las nubes" grabado íntegramente en África.

Incapaz de decir que no a cualquier propuesta que tenga que ver con la literatura y la montaña, tiene



aparcadas muchas historias por contar que poco a poco irán viendo la luz, pero también tiene otras obras acabadas como el cuento titulado "El bosque de la Bola, la leyenda de Bolón" al que le tengo especial cariño y que yo he subtitulado, plagiando a Pirandello, "Un cuento en busca de un ilustrador" pues es lo único que falta para que los niños del valle puedan disfrutar de él.

Ideólogo e impulsor de muchos y variados proyectos destacaré los relacionados con su deporte: La Montaña. Ha organizado y participado en numerosas expediciones de Alta Montaña a diversas cordilleras de África, Asia, Europa o América del Sur.

Perfecto conocedor del mundo de la Montaña, tanto a nivel práctico como teórico, y coleccionista compulsivo de libros, posee una importante biblioteca en la que se pueden encontrar los más diversos géneros y estilos literarios predominando los dedicados a la montaña, entre los que se hallan volúmenes de gran valor por su antigüedad y rareza. Para él no es obstáculo que el libro esté escrito en catalán, inglés, francés, alemán, swahili o cualquier dialecto hindú, pero no se engañen, no es que sepa tantos idiomas, es que si para poder leer un libro que no esté escrito en el idioma de Cervantes ha de tener un diccionario, también lo pueden encontrar en las repletas estanterías de su biblioteca.

Un ejemplo del buen uso que da a sus diccionarios lo podemos ver en esta obra, en la que aparecen diálogos en francés, inglés o sherpa.

Pasando a la obra que nos ocupa, "Bandera sobre la cumbre", primera novela de Juan Manuel, es un homenaje a una eterna amistad, pero es además y so-

bre todo un reflejo de sí mismo, ya que Maestre vuelca en el protagonista toda su filosofía vital, su particular forma de vivir y de sentir la montaña, rechaza el individualismo, la rivalidad entre montañeros, no entiende la competitividad que existe en ciertos sectores de esta parcela de la vida por alcanzar la cumbre a cualquier precio. No concibe ningún proyecto en solitario y todavía menos en la montaña: *“Andar solo por la vida es una opción, pero hacerlo en la montaña es una temeridad”*

Miguel Verdú, el protagonista de la novela, se encuentra en un momento de su vida sumido en una especie de desencanto, desengañado al ver cómo van desapareciendo todos los valores por los que él tanto ha luchado y en los que tanto había creído; interiormente y mientras la senda le va acercando a Kathara, última población antes de emprender el ascenso a su montaña, se va preguntando ¿Por qué está solo, cómo ha podido llegar a esta situación que va en contra de sus principios? ¿Vale la pena alcanzar la soñada cumbre en solitario? Preguntas que estoy segura se ha hecho Maestre, así como estoy segura de las respuestas. No, no para él. Él necesita compartir y hacer partícipe, a todo el que se deje, de sus proyectos e inquietudes, bien preparando actividades de montaña, culturales, festivas, ediciones de libros o cualquier tema que nos podamos imaginar, pero nunca solo. Y quienes le conocemos sabemos que no es necesidad material lo que le lleva a buscar colaboradores con quienes compartir sus vivencias, es la generosa visión que Juan Manuel tiene de las relaciones humanas.

La novela cuenta con los ingredientes necesarios para que su lectura nos resulte difícil de abandonar hasta llegar a un final acorde a la personalidad del autor.

Por último deseo felicitar a Maestre por la publicación de la novela y por contar entre sus páginas con las valiosas plumillas de un maestro en esta técnica: Helios Villaplana Planelles, persona por la que, me consta, Maestre siente un gran respeto y profunda admiración.

Acabo este prólogo que he intentado resumir todo lo posible, lo cual no me ha resultado fácil dada la vida tan intensa y las muchas y variadas actividades que realiza, en resumen, dada la personalidad de mi buen amigo Maestre, al que le doy las gracias por ofrecerme prologar "Bandera sobre la cumbre"

*Aurora Pérez Moneo*







**M**ás que el cansancio a Miguel Verdú le seguía afectando la duda. —*¿Por qué estaba allí?*— Creyó que encontraría respuestas al otro lado del collado que cerraba el horizonte de su destino. Tal vez por ello estaba feliz y siguió caminando ¡Por fin había llegado al Himalaya!

El empinado y ancho sendero que le separaba de su objetivo era tan rectilíneo y reseco que podría parecerle interminable a cualquiera, pero no a él. No le asustaban las largas caminatas; es más, había aprendido en su dilatada vida de alpinista a gozar de ellas y sabía que al final de cada esfuerzo siempre hay un después gratificante. Conocedor de que nada dura eternamente y que las prisas no son buenas, su paso fue machaconamente lento a la par que seguro; muy seguro, buscando el apoyo firme sobre las piedras más sólidas del gastado suelo que, según dijo, le recordaba, a tramos, el camino de los incas al otro lado del globo

terráqueo, muy lejano en la distancia, aunque igualado en la altitud, que ya se dejaba notar en el aire seco y puro.

A sus espaldas el valle se hundía hasta el imperceptible torrente cuyo brioso cauce atravesaron, no sin poco esfuerzo, aquella misma mañana. Desde entonces el clamor de sus aguas fue enmudeciendo con la distancia y la altitud acumulada tras la dura jornada. Vio avanzar parsimoniosamente las sombras del ocaso, apagando brillos en la vegetación, mientras arriba, sobre los perfiles azules de lejanas montañas, abigarradas nubes cruzaban el vasto panorama. La tarde iniciaba su declive tornasolando los pastos y las desnudas rocas, salpicadas de un musgo verde oscuro, enrobinado a rodales, en matices de un vivo anaranjado. El sol lució un tiempo más allá arriba; el necesario para que pudiera alcanzar el hueco entre las montañas que le cerraban el paso.

Cuando él llegó, acurrucados junto al fuego que protegía un rolde de piedras y al amparo de una gran roca inclinada, le aguardaban el joven Pemba Sherpa y los cinco portadores que acarreaban su impedimenta y el alimento necesario para su periplo en la gran montaña. Les había dejado ir delante, pues hubiera sido imposible aguantar el paso ligero de estos hombres jóvenes que, además, se encontraban en su terreno. Ni siquiera lo pretendió al principio del día cuando, siendo llano el camino, hubiera tenido alguna oportunidad, y había optado por permitirles libre albedrío.

Nada más llegar, Pemba le tendió como siempre hacía desde que comenzó el viaje, el cacillo metálico



cuyo recubrimiento, de exigua porcelana, mostraba los golpes de las muchas jornadas al descuidado uso en las montañas.

—Té—le ofreció el chico, un tibetano reconvertido en sherpa, a quien ya conocía bien de un viaje anterior, lo cual era garantía suficiente para que hubiera vuelto a tomar sus servicios; más si cabe teniendo en cuenta los propósitos de este viaje y la discreción que esperaba del muchacho. Tomó el recipiente con ambas manos, habiéndose quitado previamente los guantes, para notar el agradable calor que proporcionaba su entrañable taza llena hasta el borde de un té espeso y fuerte, en cuyo exterior a duras penas podía leerse *“Recuerdo de Picos de Europa”*, que era tanto como decir: *“Recuerdo de una lejana juventud en la montaña”*, pues ciertamente habían transcurrido más de treinta años de aquella evocación escrita y ahora, a sus 52 otoños, él también seguía allí haciendo su papel, igualmente golpeado por el tiempo transcurrido en las montañas. Las primeras arrugas de su rostro lo reflejaban tan acertadamente como la astillada porcelana de su inseparable jarrillo, sin embargo conservaba todo el pelo negro, libre de canas —*“Un maduro interesante”*—como solían definirle, medio en risa, medio en broma, sus compañeras de la oficina. Sí, porque Miguel no era ni muy alto, ni muy bajo, pero era resultón. Y como se deduce, tampoco un alpinista a tiempo completo, si acaso de fin de semana y periodo vacacional; lo que se dice un auténtico montañero vocacional, que ahora ejercía de aventurero en su mes de descanso anual.

Al verle aparecer, los porteadores se habían afa-

nado en plantar las tiendas. Miguel fue a sentarse junto al gran *Chorten* pintado de blanco que presidía el collado, y dirigió luego su mirada hacia el pico que cerraba el horizonte al frente de su marcha. Le pareció tan alto y tan cercano que esos simples datos le confirmaron que otros dos días de marcha le separaban todavía de su base. Pensó para sus adentros que así era el Himalaya, pero al fin —*¡Allí estaba su montaña!*— bien creyó haberse asegurado que *Shelkaga-ri* no fuera de nadie más, y su trabajo le había costado mantener en secreto el objeto de sus pesquisas mediante excusas mal tramadas que él creyó efectivas. Más de un año le llevó encontrar la poca información que de esta zona existía, y precisamente eso fue lo que le animó a venir. Sólo había visto una fotografía, y era evidente que no había sido hecha desde el lugar donde se encontraba, pero lejos de sentirse defraudado, la primera visión de su montaña le gustó. Se le antojó más bella, más esbelta; incluso le pareció más alta que los 7.777 metros que desde hacía ya muchos años le habían dado; altitud sospechosa por la repetición numérica que, más parecía un capricho cabalístico de los geógrafos de campo, que una medición seria y cierta.

Dirigió una última mirada al objeto de su deseo con preocupación y a la vez esperanza, y pidió para sí, poder coronarla. Al incorporarse se apoyó distraídamente sobre una piedra del *Chortén*, tallada en forma de estrella, tan afilada por el viento y el frío que casi se corta con ella. Buscó luego el abrigo de su chaqueta, mientras la oscura línea de la noche bajó como un telón sobre las montañas, apagando el rosa de los glaciares, justo por donde la luna llena se había levantado para

iniciar el cruce de la bóveda estelar, y para cuando las estrellas hubieron iluminado el cielo con intensidad, sinónimo de una noche fría, todos dormían bajo el leve bamboleo de las lonas de campaña. Bueno, todos no.

Miguel recordó que aquella misma tarde se había preguntado por qué estaba allí, mientras subía con la mente distraída por el desgastado camino. Pensó que el tema podría quedar zanjado plagiando la famosa respuesta atribuida a Mallory, referida a ¿por qué escalar el Everest? —*Porque está ahí*— había respondido el británico.

Sonrió levemente volviendo a él la cercana imagen de su montaña, aunque reconoció con un leve movimiento de cabeza que ciertamente no era igual, ya que el ilustre alpinista, si alguna vez logra descifrarse el misterio de su ascensión y muerte, tal vez había subido a la cumbre del Everest, mientras que él todavía no había alcanzado ni siquiera la base de ésta. No, no era una pregunta banal. De alguna manera sabía que no podría engañarse a sí mismo. Conocía perfectamente la intencionalidad de su propio subconsciente y entendía bien su propia pregunta.

En realidad, el ¿por qué estás aquí?, o ¿Qué haces aquí?, era una pregunta a medias; una pregunta inacabada, tal vez, porque la segunda parte del enunciado le asustaba mucho más: ¿por qué estás aquí, SOLO?...

\*\*\*